

El aliento negro de Dios

Manuel Nonidez

Premio Drakul de Novela


Drakul
EDICIONES

Manuel Nonidez

El aliento negro
de Dios

Premio Drakul de Novela



FRAGMENTO DE LA NOVELA.
PROHIBIDA SU VENTA

Primera edición, marzo de 2008.

Corrección: José Luis Casillas Almazán, Beatriz Abeleira Carrasco.

Diseño de portada: Joaquín González Dorao.

Ilustración de portada: Alberto García Ayerbe.

Mapa interior: Fernando M. Pinilla González.

Maquetación: Joaquín González Dorao.

Con la colaboración de: Álvaro Berlanga, María de los Ángeles Amo, Emilio Ortiz, José Fernández, Óscar Menéndez, Óscar Rubio, Juan Luis Iglesias, Raquel Laina, Alfonso Martín, Antonio Migal, Marisa Gragera y Ana Ortiz.

Editor: Javier Ortiz.

© 2008, Manuel Nonidez

© 2008, Editorial Drakul, S.L.

Apartado de correos 100

28945 Fuenlabrada

Madrid – España

www.drakul.es

ISBN-13: 978-84-935348-1-3

Printed by INO Reproducciones.

Todos los derechos reservados. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

*...como siempre,
para siempre,
a Carmen,
mi querida esposa.*

El quinto Sol:
 4-Movimiento su signo.
 Se llama Sol de Movimiento,
 porque se mueve, sigue su camino.
 Y como andan diciendo los viejos,
 en él habrá movimientos de tierra,
 habrá hambre
 y así pereceremos.
 En el año 13-Caña,
 se dice que vino a existir,
 nació el Sol que ahora existe.
 Entonces fue cuando iluminó,
 cuando amaneció,
 el Sol de Movimiento que ahora existe
 4-Movimiento es su signo.
 Es éste el quinto Sol que se cimentó,
 en él habrá movimientos de tierra,
 en él habrá hambres.

Ciclos de los mitos cosmogónicos, 1558
 Recopilación de M. León Portilla



El aliento negro de Dios
 M. Novédez

—Obré en conciencia... ¿Qué otra cosa podía hacer, padre? Se estaba muriendo ante mis ojos...

La sombra del abad asintió pausadamente junto al fanalillo mezuquino de luz en la puerta del hospital. Había adivinado lo que sucedía en el monasterio antes de que el revuelo conturbado de los hermanos tuviera tiempo de llegar hasta su celda, pero quería conocer los sucesos de boca de los propios implicados.

Tantos años en aquel cenobio perdido en las montañas, dispensando respeto y obediencia con mano firme, habían desarrollado en él un sentido adicional que interpretaba cada sonido, por ínfimo que fuese, que llegara a sus oídos en la oscuridad.

Una vez puesto todo el afán en mantener sin corrupciones la observancia de la Regla, poco había que dirigir en aquella pobre comunidad de hermanos que no fueran las normas de oración y convivencia establecidas por la experiencia de los *abbas* que le precedieron, y que tan sabias eran como escasas. Una de ellas exigía que después del toque de vísperas nadie, ni siquiera del interior de la Casa, debía traspasar el umbral del monasterio. El peregrino herido que llegó aquella noche pudo haber sido el señuelo de una avanzadilla de bandoleros que, irrumpiendo tras él, anularan la seguridad de los altos muros donde se refugiaba la religión.

—Golpeó el portón y vino a caer desfallecido...

Aquel alevín de fraile, menudo y nervioso, eludiendo su obligación a la norma, había introducido a un extraño en el recinto; ahora hubieran podido estar todos muertos, y el monasterio entrado a sacomano, sin haber llegado siquiera a distinguir el rostro de los malhechores en la oscuridad, y todavía el pobre

novicio justificaba lerdamente su acción apelando a unos sentimientos cristianos que nadie ponía en duda. Quizá por tales fuera digno de encomio, pero, como hermano portero, era un riesgo que había que evitar.

—Mañana veréis al hermano Constancio. Se siente mayor y me ha pedido en varias ocasiones que le alivie la labor en el refectorio.

Al penetrar en la enfermería, el abad tuvo que ocultar boca y nariz en el hueco de la mano. El olor que emanaba el jergón donde yacía el cuerpo desnudo del desconocido le hizo fruncir el ceño en una mueca de desagrado infinito.

—¿Vivirá?

El monje encargado del herbario, sin dejar la maceración que lo ocupaba, torció el gesto de manera que dejaba pocas dudas sobre la salud del hombre:

—Si es deseo del Señor —abandonó el mortero sobre el minúsculo obrador para retirar el lienzo empapado en fluidos y poner al descubierto la atroz boca que laceraba el costado del visitante—. Únicamente por Su Voluntad, padre: las cuartanas se lo están llevando y la herida supura tanta infección que de nada vale tratarla con untos. Y no creo que le queden fuerzas para resistir la brasa —culminó su explicación.

El desconocido emitió un lamento prolongado que tuvo por virtud apresurar al novicio que sustituía los paños húmedos en su frente y axilas.

Aunque la fiebre y el sufrimiento habían hundido el hueco de sus ojos rodeándolos de bolsas cárdenas y remarcado las aristas de los pómulos, era de carnes magras que aún no mostraban los pliegues lacios de piel que la edad deja como regalo a los hombres de vida acomodada. Las cicatrices de antiguas heridas le dibujaban en el cuerpo un portulano de líneas inciertas. «Un soldado», pensó el abad, «un viejo capitán quizá», concluyó aventurando.

—¿Ha dicho su nombre?

El hermano médico negó sin palabras mientras señalaba con la mano del almirez hacia el rincón donde se almacenaban las pertenencias del herido, tan exiguas como su salud: el hábito de peregrino, el morral y la nudosa vara de roble que hacía las veces de bordón. Hasta ellas se acercó el abad para revisarlas, sin pudor, bajo la mirada reprobatoria de su her-

mano en la fe.

—Esta acción se justifica en nuestra seguridad —su voz, sin concesiones, obligó al galeno a regresar a sus quehaceres.

En el interior del pellejo de borrego no halló más que un mendrugo de hogaza, un trozo de queso reseco, el canivete para cortarlo y un lienzo estrecho enrollado para utilizar como vendaje. La inspección del hábito tampoco aportó nada especial.

—Traía eso al cuello —oyó decir a su espalda.

Junto a las ropas aguardaba una bolsa de cuero cerrada con pretinas del mismo material y orillada de algodón.

—La llevaba sujeta al cuerpo con correas. Sin duda debe tener valor para él.

—¿Qué contiene?

El encargado del herbolario se alzó de hombros desentendiéndose de otra cosa que no fuera la aplicación del emplasto sobre la herida del yaciente.

—Esto aliviará su dolor. Poco más podemos hacer por él —le refirió al ayudante.

Al fondo, el cauterio humeaba entre las brasas del fogón.

Distendió los cierres de la bolsa y extrajo lo que guardaba dentro. El desencanto del abad fue evidente:

—Un libro.

El físico hizo resoplar al fuelle sobre la lumbre y varió la posición del hierro candente:

—Poned cuidado; si lo lleva tan escondido es posible que interese a la Santa.

—¿La Inquisición por estas sierras? No habrá que importunarla con viaje tan incómodo. Si el libro contuviere ideas perniciosas para nuestra santa fe, yo seré parte para echarlo al fuego.

Lo hojeó de forma somera y en sus labios se dibujó una leve sonrisa:

—No es más que un cuaderno escrito en bastarda. Sin duda algo privado.

—Más peligroso si cabe: el texto no habrá sido revisado por la autoridad y...

—Mi integridad espiritual está a salvo, hermano —atajó el superior—. Preocupaos mejor por la salud de vuestro paciente.

—¡Dádmelo! ¡Traedlo acá o...!

Los tres religiosos se volvieron al unísono hacia el jergón. El

peregrino tenía los ojos desorbitados, ahítos de reflejos febriles. De su frente huían hilos de sudor frío mientras en su angustia palpaba el lugar que, de llevarlo aún al hombro, hubiera ocupado el cuchillo en el zurrón.

El abad le entregó la bolsa vacía que él apretó con fiereza contra su pecho mientras musitaba frases incoherentes.

El amanuense del médico aproximó el oído a sus labios y puso en cristiano los murmullos del moribundo:

—«Jamás podrán encontrarlo» —repitió con voz trémula—. «Tantas muertes...», «sin el libro nunca daré con ello...» Musita, además, palabras sin ligazón: «matanza», «escarpas...», «oculto», y... «oro».

Aquel sonido final, deslumbrante, reverberó entre los religiosos traspasando su mutismo.

—Oro... —repitieron sin voluntad de hacerlo.

—Ha dicho: «el quinto real»..., o eso he creído entender —matizó el novicio—, antes de perder el conocimiento.

—Es la Gracia de Dios... Su protección ante el tratamiento que le hemos de aplicar —el galeno tomaba en ese momento el hierro al rojo vivo—. Volvedlo con cuidado sobre el costado...

El abad arrugó la nariz: no le seducía la mezcla que en poco tiempo harían el acre olor de la habitación y el de la carne quemada, de manera que guardó el libro bajo la manga de su hábito y se dispuso a abandonar el lugar.

—Ved de salvarlo con vuestros conocimientos, hermano. Rezaré por su vida.

—En poco tiempo el Señor nos hará ver qué tiene dispuesto.

—Él premia a quienes dispensan los medios para ayudarle. Avisadme si vuelve a su cuerpo.

Entre tanto, el rumor confirmado de la llegada de un desconocido había corrido como la pólvora por los helados pasillos del monasterio, provocando que ante la puerta de la enfermería se agolparan los monjes jóvenes, algunos de ellos enviados por los hermanos de más edad, a quienes la experiencia desaconsejaba el enfrentamiento con su superior por la violación del descanso nocturno, y los más, convocados por una novedad que alteraba el transcurrir monótono de la vida monacal.

A todos puso en fuga la salida del prelado que, sin embargo, no pudo evitar que la noticia del extraño libro volase de boca

en boca. El hombre se reprochó no haber tomado las medidas necesarias para que nadie se acercara a la enfermería. Ahora el mal estaba hecho, y en poco tiempo, todo el monasterio quedaría convencido de que un milagro había puesto en manos del abad un escrito que señalaba la existencia de gran cantidad de oro. Y que fortuna semejante podría sacar a la comunidad de la cruda existencia a que obligaban aquellos montes dejados de la mano de Dios. Como muy tarde, a la mañana siguiente tendría a los monjes ancianos, en quienes no influirían ni su gesto adusto ni su mirada recriminatoria, exigiendo información sobre lo que ocultaba el documento.

Se recogió en su celda, austera y desprovista de enseres, después de hacer acopio durante el trayecto de cabos de vela en las de quienes habían perdido el sueño por aquella noche, y en la penumbra solitaria del cuarto se dispuso a dar lectura al volumen. Excusaría su presencia en los oficios de prima con un malestar imaginario que a nadie iba a convencer, pero que todos admitirían a cambio de que el manuscrito fuese estudiado a conciencia.

Envueltas en un pedazo de lienzo basto, extrajo de su caja unas lentes de grueso cristal que se encajó en el puente de la nariz, y parpadeó confuso hasta que sus ojos se adaptaron a la nueva distancia de visión antes de ojear el documento.

Era relativamente grueso; de sucias tapas de pergamino aseguradas con cintillas de cuero y buen papel blanco de trapo. Estaba escrito con una avidez de espacio que casi anulaba los márgenes, salvo por unas anotaciones perpendiculares al texto garabateadas en el mismo borde de las hojas. Avaricia desmentida luego por las páginas en blanco sobrantes al final. Quien lo escribiera pudo pensar, de manera equivocada, que necesitaría toda la extensión disponible; o bien no pudo concluir el trabajo iniciado.

Costaba un tanto entender los signos que, era evidente, no habían sido trazados con mano diestra en el manejo del cálamo, pero sin excesivo esfuerzo, podía colegirse el sentido de las frases entre líneas, tan apresuradas como poco precisas. Abanicando las hojas del cuaderno pudo distinguir cómo en el interior aparecían otras sueltas y plegadas. Prefirió no considerarlas hasta llegar a ellas en la lectura por temor de que su posición en el texto fuese importante y resultara trastocada por una manipulación ingenua.

En el instante de iniciar la lectura, algunos escrúpulos de conciencia le preguntaron si sería lícito inspeccionar aquel documento, si su autoridad dentro del monasterio le facultaba para hacerlo o, por el contrario, le constreñía a velar por la seguridad al punto de saber quién era aquel visitante accidental y sus intenciones al llegar hasta ellos, pero sin ir más allá en sus averiguaciones. ¿Vino por propia voluntad, o la Providencia se encargó de conducirlo hasta la entrada de aquella abadía custodiada por un monje portero de dudoso celo?

—«...Y la tierra dará su fruto, y comeréis hasta saciaros, y habitaréis en ella con seguridad», así está revelado en el Levítico. Hermano, no curéis en tantos reparos y ved el secreto de ese escrito.

El abad se sobresaltó. Pensaba estar solo en su celda, pero alguien se había deslizado hasta un rincón de ella y permanecía oculto entre las sombras.

Con mano firme aproximó la vela hacia el lugar de donde provenía la voz y su ánimo se relajó un tanto al descubrir a Javier de Usera sentado poco más allá del montón de paja que hacía las veces de jergón.

—Id a descansar a vuestra celda, hermano —el abad sabía que la sordera del monje iba a convertir en inútil la amonestación.

—Leed sin cuidado. Vigilaré que no os quedéis dormido sobre el manuscrito y se prenda fuego el lecho. A mi edad el sueño es ave asustadiza y creo que esta noche ya ha levantado el vuelo —ofertó el anciano confirmando las sospechas de su superior.

Lo dejó por imposible; para hacerse entender tendría que elevar la voz y aquellas eran horas de reposo alteradas ya en demasía.

Apoyó la espalda contra la fría pared recogiendo las piernas hasta donde el dolor de sus articulaciones le permitía hacerlo. Luego, con el escrito sobre las rodillas, se humedeció los dedos antes de deslizarlos sobre las primeras páginas:

«En el año del Señor de mill i quinientas i sessenta, yegado, con el Anuencia del Criador, à la edad de cinquenta i ocho años i aun con la mente clara, Yo, Francisco Gil de Sacramento, en la uilla de Madriz, donde poco tiempo arreo tiene la su cassa e corte probissional nuestro monarca Phelippe, el segundo de su nombre, gguarde Dios muchos años, doy comienzo este esferito burdo quo à de fer fino menguada compilacion de notas i de rrecuerdos, algunas incompletas por perdidas con los años, i los mas dellos traydos agora aqui con gran esfuerzo de la cabeça» (sic)

(...) Como de chico supe las letras por los padres franciscos en Triana, junto a mi Sevilla natal, y desde allá hasta estos días no he habido más conocimientos sobrellas que los que entonces tuve, escribo cual sale por mi boca, y como gente llana criado entre iguales y al servicio en ocasiones de alguna persona erudita o encumbrada, sé que mis palabras han de mover a risa. Entre los míos, por su engolamiento y pretensión, adquirida en el trato con gente alzada y, entre los doctos, por su simpleza tomada del hampa y de la calle.

Años atrás, gasté mis últimas doblas en mandar que el escribano pusiera en letra procesal, de forma comprensible para letrados infecundos, el memorando donde se explica la situación tan extraña en que me encuentro, que sabiendo dónde hallar un caudal inmenso, no tengo más que para el malpasar del día y eso temiendo que no llegue uno en que me falte la benéfica sopa de pobres de algún convento.

Pedía en él a nuestro, en aquellos tiempos, Cesáreo Emperador, pensión que me mantuviera caliente y a resguardo de los inviernos hasta que el Señor Bendito tuviera a bien acogerme en su seno; a cambio, ofrecía a su majestad dineros bastantes para mantener la campaña militar del año. Sin embargo, las intenciones del Creador marchaban disparejas y el camino que yo había emprendido tomó un final inesperado. Tanto oro, Señor, tanto, y no ser para ponerlo mano.

Arrepentime hasta la saciedad de aquel memorando dictado al escribano, y que a poco me costó la vida en la persecución que de él deviniera, como cosa mala en la que el diablo terciase, por la codicia de quienes lo leyeron. Por tal motivo decidí destruirlo y callar para siempre a partir de entonces, que el mundo sería igual de rico, o pobre y miserable, sin conocer de aquella fortuna escondida».

El abad desdobló la hoja de papel desgajada del original e inserta entre las páginas del nuevo libro. Bajo el dibujo de un trianón de corte clásico y rodeado de un vergel de frutas y vegetación en uno de sus lados, y de banderas y armas en el contrario, podía leerse el inicio del viejo memorando al que hacía referencia el manuscrito:

«Al mui alto e poderoso cesareo emperador de las Españas...»

El apelativo «cesáreo» indicaba que el escrito desaparecido se había compilado para don Carlos, el anterior monarca, aunque no aclaraba si lo recibió, ni si le había sido enviado siquiera. El religioso tomó nota mental de ello y prosiguió su lectura:

«Pero pasa el tiempo, flaquean mis fuerzas y reniego de mis achaques de viejo por la nostalgia que me traen de tener de nuevo a la vista aquellos tejos dorados, aquellas figuras de diablos áureamente revestidas y adornadas de piedras preciosas que tanta sangre costaron, y que a nadie han aprovechado desde entonces. Aunque sea casi anciano y el tiempo quiera que tal riqueza pueda resultar ya de escaso beneficio para los pocos días que, Su Voluntad decida, han de transcurrir antes de dar mi cuerpo a la tierra, no querrá el Señor que tal fortuna se pierda sin provecho de cristiano alguno.

Y desto nace la necesidad de poner de nuevo sobre el papel, esta vez de mi puño y rúbrica, todos los hechos acaecidos que llevaron luego a lo del oro, para aviso de navegantes y chapetones descuidados que, si a alguno pudiere aventajar, para él sean la ventura y la desventura si, Dios mediante, encuentra este cuaderno que, una vez acabada su redacción, haré custodiar a seguro en el escriptorio de algún mo-

nasterio remoto donde no sea hallado nunca sino por la Intercesión Divina.

Ténganse por ciertos todos los sucesos que van relatados detrás, como testamento de persona que trata a la Muerte con la familiaridad de sus muchos años, que si en alguno dellos cometo error y alguien sepa que no es cosa cierta, será más por flaqueza de memoria que por intención de faltar a la verdad.

LIBRO PRIMERO

CAP° I

*De mis orígenes en la ciudad de Sevilla i correrías geneva-
tuue, afa la arriuada à la Ysla Hispaniola de las Yndias,
e de lo que de aca à ya fubcedió.*

Vi la primera luz en Sevilla, en al año del Señor de mil y quinientos y dos. Hijo de Desiderio López de Sacramento, carpintero de ribera, y de Fuencisla Gil Albornoz, costurera de buena mano, familiar lejana de los Altamirano y Pizarro, de Badajoz, cuestión que si bien no pareciere relevante, con el paso de los años hubo de verse que lo fue, porque sabido es que la Providencia urde sus derroteros según la procedencia y linaje de cada uno.

Dicho queda que tomé las letras de los caritativos padres franciscanos de Triana, y estoy cierto en que yo también hubiera llegado a ser un buen carpintero de ribera, como mi progenitor, de no mediar la Provisión Divina que nos trunca los caminos de la forma más inesperada.

Podría decir ahora que mi padre cayó cautivo del turco y nos endeudamos para conseguir el rescate exigido, y que en reunir tales dineros para sacarlo de Berbería se fueron los caudales de la familia y los que, provistos de permiso real, recaudamos mendicando caridad en los pueblos de alrededor. Y cierto es que durante algún tiempo me dediqué a esta labor, aunque la Cédula Real que mostraba fuera tan falsa que solo surtía efecto ante algún alguacil que alegaba problemas de vista para no declarar su ignorancia de letras. Pero cumpliré la palabra empeñada ante el Señor, de manera que por este relato ha de saberse únicamente cosa cierta.

Esta fue que mi padre gustaba más del blanco que del tinto mientras no se terminase alguno de los dos, y, como junto con esa costumbre que le obligaba a guardar cama muchos de los días de labor, observaba escrupulosamente la cristiana de no trabajar los días santos, ni los de obligada fiesta, el salario solo entraba en casa cuando, al re-

greso del astillero, no le daba el pálpito de la suerte de cara y se dejaba los esperados maravedíes en cualquiera de las timbas clandestinas de las tabernas del puerto.

Mi madre, viuda con tres hijas cuando contrajo segundas nupcias con el apuesto Desiderio López, juntaba moneda a moneda, que parecía genovesa más que cristiana de raigambre, para dotar a las niñas y procurarlas matrimonio ventajoso que no desmereciera su virtud.

Por todo ello la mesa era de puchero y mendrugo, que mal no hubiera sido sino porque en el caldo navegaban sin norte cuatro verduras desaparejadas, y muchos días, solía faltar isla de tocino donde anclarlas. De manera que, cuando de tanto en cuanto, comencé a llevar a la casa algunos ducados, madre, sin hacer preguntas, supuso que eran honrados, y a padre, entre las brumas de la melopea, poco importó más cosa que no fuera contar con su consabido cuartillo del de Guadalcanal.

Lo cierto era que formaba tropa con otros cinco, empeñados, a la caída de la tarde, en la pulcra labor de limpiar las rúas de faltriqueras aborregadas por el vino. Ocultos en las calles aledañas a las mancebías, aguardábamos a los clientes que las abandonaban, midiendo su grado de sentido conforme a los tropiezos que sufrían con los cantos del empedrado, allá donde lo había.

Otras veces un jaque, un matón de alquiler, que anduviera con el cuello en precio y no deseara significarse en demasía durante una temporada, nos arrendaba sus trabajos. Y así, entregando mensajes de maridos agraviados, en forma de mojada o chirlo en la graciosa jeta del galán donador de la cornamenta, o recordando en los lomos de los malos pagadores las deudas que tenían pendientes, una noche, con el ardor de la edad, que la mía era de quince años por entonces, a uno de la partida se le fue la mano, y lo que debía ser una muesca de doce puntadas en los hocicos de alguno de los susodichos, se convirtió en una empujada hasta los gavilanes que a punto estuvo de mandar al andoba a rendir cuentas ante Pedro Botero.

El alguacil, hartó de que le echásemos a perder la cabezada nocturna, mandó largar pregones en el puerto y esquinas de los barrios de vida laxa, ofreciendo ciertos maravedíes por el nombre de cada uno de

nosotros que llegase a sus oídos. Si no salimos malparados de aquella fue porque los soplones habituales, si bien conocían a alguno de los nuestros, no tal ocurría con la totalidad de la camada, y no quedaban seguros de dejar algún cabo suelto que en la noche, o al Ángelus, que tal diera, mientras arrellanaban los huesos en el jergón, les dibujara una sonrisa en la garganta con la puntilla.

Por si las moscas, el grupo se dispersó, y algunos más significados que otros, como era mi caso, decidimos levantar el hato y poner tierra por medio.

Quiso Dios que por aquel tiempo llegase al río una tropilla encargada de reclutar leva para los ejércitos de nuestro monarca, y aunque la capitania no era más que cuatro veteranos licenciados por la edad y por los despojos del cuerpo que dejaron sembrados en los campos de Nápoles, tras medio azumbre de vino y dos rebanadas de tasajo salado, parecieronme aquellos jubones acuchillados un tanto por la moda y mucho más por lo viejos, aquel atambor de parche destensado y su alferez, de pica oxidada y coselete donde no había espacio para nueva abolladura, el batallón más aguerrido de los ejércitos de las Españas. Y con ellos marché a sentar plaza y sentádola hubiera si mi padre, despejado como por ensalmo de los vapores de Baco, y mi santa madre que se quejaba sollozando a gritos del mal fario de tener un hijo como yo, y un marido como él, no me hubieran dado alcance allá por la Puebla de Almoradiel, donde a la sazón estaba plantado el banderín de enganche, para acusar al viejo alferez de haberme reclutado con engaños una vez vencida mi voluntad con unos y bastantes tragos de lo barato.

Dios y ayuda costó arrancarme de aquella masa de reclutas porque el oficial alegaba en su defensa que yo había rubricado la leva con mi nombre, no con marca ni seña, así que tenía perfecto conocimiento de dónde iba a meter la nariz; además que a mis ya quince años, hora era de que comenzase el camino como hombre de provecho, y que desde Sevilla hasta allí había mostrado buena disposición para el oficio de tamboril, que ya era mejor que el de mochilero, y conocía muchos de los toques de que la milicia se vale para trasladar órdenes, recoger, volver las caras, dar arma y otros tantos que había aprendido

rápido en aquel corto espacio de tiempo, y que yo, para desesperación de mis progenitores, me empeñé en demostrar ante ellos.

A cada golpe de caja mi madre se sobresaltaba y, mientras yo sonreía orgulloso, el carpintero de ribera me observaba con inquina criminal.

—Vea, vucencia, cómo el mozo es de precarias luces —con voz resignada trataban de convencer los padres al rancio militar.

Al final, una cantidad, que mermó de manera considerable la dote de mis hermanas, fue a parar a los fondillos del ajado jubón del alferez, y me vi licenciado antes de tomar las armas. Como por arte de magia, mi nombre desapareció de la leva y retorné a Sevilla con la premura a que me obligaban los pescozones de mis mayores.

Allá nada fue mejor porque, aunque mi deudo quiso que yo aprendiese su trabajo, que harta honra es que el hijo del oficial llegue a ser mejor que él, yo ya había probado las mieles castrenses y suspiraba a cada momento por verme capitán de tropa y armado caballero del, aún por entonces rey, de poca más edad que yo, y sin poner atención a las artes del oficio, pasaba el tiempo en lecturas de caballeros andantes y succulentas vidas de antiguos guerreros como Alejandro, el Magno, que a la edad de veinte y seis años lloraba con amargura porque no quedaba ya mundo que conquistar.

Como mi quebrantado padre no veía mi futuro en la carpintería, me envié a servir con el obligado del pozo de nieve, que no fuera mala labor desde que de Italia llegara la moda de enfriar los alimentos. Ya los antiguos césares romanos mitigaban los calores del verano con sorbetes de hielo y jugos de frutas helados y acá, en el colmo de la novedad, se comenzó a enfriarlo todo, desde el hidromiel hasta el caldo de ave, con lo que el obligado de la nieve obtenía no pocas rentas dello.

Dije antes que no era mal trabajo..., para el verano. Quien no lo ha pasado en Sevilla no sabe lo que es calor, curando, si cabe, de los que de Berbería regresan tostados como moriscos. Pero en invierno no había trabajo menos ventajoso, ni tan sufrido y cruel, que dirigir las reatas de acémilas que traían la nieve, no de las cumbres a Dios gracias, que en esta época se tomaba de las laderas, de forma que ventiscas y tormentas pusieron mi lozanía en entredicho y noches hubo

que ya me veía con la candela en la mano.

Pero como se hizo *vox populi* que los alimentos en nieve tardaban en corromperse y guardaban más virtudes que dentro de la fresquera, hubo un tiempo que bajó poco la demanda en invierno y de aquellas fechas me quedó el humor frío de huesos que arrastro de por vida.

La visible merma de mi salud hizo que me enfrentara de nuevo a los mayores porque en esa labor tenía aun menos porvenir que en la de carpintero, y juraba tomar el hato a la siguiente jornada y no dejar de caminar hasta el primer lugar donde hallase tropas acuarteladas.

Si me libré de la consabida tunda fue porque la lucidez del cabeza de familia dejaba mucho que desear y, desde el catre, solo acertó a responder con algunos vivedioses rezongados entre las tinieblas de la cogorza.

Andaba en los menesteres de reunir mis cuatro trapos y un par de mendrugos de pan en un fardillo, cuando, a la tarde, se recibió una visita que mi señor padre, debido a su estado de postración, no pudo atender con la debida cortesía. En apariencia, se trataba de un gentilhombre que se hacía acompañar por su criado, pero tal sencillez la desmentía la catadura de la compañía, harto conocida en la corte de los miserables.

Como fue imposible platicar con el amo de la familia, el Mediamano, que así le decían al acompañante porque en una reyerta se le llevaron una tajada con los dos dedos menores de la zurda, tuvo a bien, por aquello de la antigua camaradería, ponerme al corriente del asunto que ocupaba a la pareja.

—Mira, Caco —así me conocían mis compinches de batidas—; hijo... —insistió mientras depositaba sobre mi hombro los restos de su mano en señal de amistad—, dile a eso que está tirado sobre el jergón que, o afloja los ciento y sesenta y cuatro ducados que adeuda a quien nos envía, o no podrá volver a tomar prestado de nadie. Que las deudas de juego se cobran todas de una manera o de otra, y que a quien debe no es a este que acompaño, que solo figura de tercero, sino a don Manuel Farfalla, conocido antes de su bautizo como don Mosés Ibraim, que no quiere que su nombre aparezca en el asunto y si a ti te lo confió es para que adviertas que al viejo marrano nadie le

ha podido dejar una deuda sin saldar..

Demasiado discurso para el Mediamano, que fue deferencia que tuvo por aquello de estar colegiados en el mismo gremio. Después elevó un dedo de la sana y con un «hasta aquí lo tenemos todo dicho, de momento», me dio la espalda y abandonó la casa.

Cuando mi deudo despertó de su beatífico sueño y se le puso al corriente de la visita, fue como lograr que una mano bendita le restituyese la cordura. ¡Ciento y sesenta y cuatro ducados! Como si hubiesen sido ciento y sesenta y cuatro mil. Aquella cantidad nunca se había visto por la casa ni en los mejores tiempos.

El susto tuvo la virtud de mantenerlo sereno durante la semana siguiente, pero, al final, descorazonado por no encontrar una solución al problema que nos había caído encima, se le oyó murmurar: «Puestos a morir, mejor si no ha de enterarse uno», y ya no volvimos a verlo sobrio hasta los acontecimientos que luego devinieron.

En el entretanto, se buscaron las herramientas de su oficio para darlas al logrero, pero no las encontramos porque hacía ya tiempo que las había convertido en agraz. Entonces se malvendieron muebles, ropas y enseres, pero sin conseguir con ello ni la tercera parte de la suma.

Llegaron los enviados del levita a reclamar la deuda y el interpuesto no vino esta vez con el Mediamano, en quien depositaba yo mi esperanza de llegar a una entente, sino que se hacía acompañar ahora de un valentón de media capa y espada herrumbrosa, que si no mataba de la estocada lo haría la inevitable infección, y mecha atada al tahalí, lo que indicaba que si bien por lo incómodo no había traído el arcabuz consigo, tampoco lo tendría demasiado lejos y, por tanto, no era persona que gustase de perder el tiempo en lides caballerescas, decantándose por lo rápido y expeditivo.

Tomaron de manos de mi madre lo que se había podido reunir, que bien poco fue, y una vez que las monedas se hubieron perdido en su saca, hicieron nuevas cuentas y hallaron que lo que faltaba era aún mucho y difícil de cobrar, lo que provocó que la mujer entrara en inconsolables sollozos.

—No debéis sufrir —dijo el tal tercero con voz que trataba de

ser apaciguadora—. Vos, señora, poseéis un capital virgen, aún sin explotar, que puede cancelar la deuda con holgura y aún permitiros algún pasar sin estrecheces.

La clueca abrió un ojo entre los pliegues de su pañuelo quedando muda y espantada en espera de lo peor. Y lo peor llegó:

—Mi señor no tendría inconveniente en recoger bajo su techo a la más moza de vuestras hijas. Con ello quedaría satisfecho el resto de la deuda y aún podría pasaros una discreta renta con la que aliviaros de las ingratitudes de la vida...

Aquello era más de lo que estaría dispuesto a consentir persona alguna: una doncella cristiana vendida a un desdeñable converso por un puñado de ducados...

Madre se transfiguró de inmediato; comenzó a dar gritos como furia desatada y, con los dedos en garfios y las uñas fuera, se lanzó sobre el rostro del interlocutor. Yo, por mi parte, sujeté el brazo del jaque acompañante y, en un amén Jesús, le había pasado el puñal de lado a lado por lo arriba de la pierna.

Y, como suele ocurrir en estos casos, a los gritos de la madre no acudió vecino alguno, que todos en algún momento somos sordos desde la cuna, pero en cuanto los rajabroqueles hubieron desaparecido, el uno con el belfo en flecos y el otro dejándose la vida en hacerse un torniquete con la mecha del arcabuz, se allegó media parroquia hasta donde estábamos, horrorizada por el rastro de sangre que nadie se molestó en seguir.

Al despejarse Desiderio lo suficiente como para hacer arqueo de la situación, encontró que esta era mala, muy mala, y que empeoraría. El dinero recaudado se había ido con el mensajero y no parecía de prudencia presentar reclamación por ello. La deuda seguía pendiente y habíamos sido harto hábiles para echarnos encima a todos los acechadores de esquina de la ciudad. Pero peor fue saber de su boca que si le habían permitido tan alzado crédito en el juego, fuera porque puso en prenda la casa de su mujer.

Doña Fuencisla, en un rasgo de cordura, opinó que lo mejor era levantar el campamento y trasladarnos una temporada a la casa de su hermana en el vecino pueblo de Camas.

Debe perdonárseme si alguno de los sucesos relacionados hasta aquí parece frívolo o fuera de razón; ello es porque resulta costoso explicar locuras de infante con palabras de anciano que, dichas por boca tal, podrían mover a risa si no fuera porque a poco estuvimos de que se nos fuera la vida en ellas.

Más de un mes estuvimos en compañía de los señores tíos, hasta que nos llegaron nuevas de que en Sevilla quedaban gentes más que interesadas en dar con nuestro paradero. Con gran dolor de corazón, madre dejó entonces poderes ante escribano para que su cuñado vendiera la casa, que era lo que restaba de su herencia, por lo más que le dieran y le llevase el importe hasta Tharsis, aldea de Huelva, donde, pensamos, no habrían de hallarnos.

Allí, en un oratorio en lo alto de un cerro, el cabeza de familia sentola haciendo penitencia un tiempo durante el que, portando un pellejo de vino abierto al medio como sambenito de la Inquisición, y con un gran cirio en las manos, anduvo procesionando entre rezos alrededor de sus muros, y el día que hacía la treintena, oyó misa en su interior y entregó el velón en el altar, mandando se colgara de la pared el reseco odre, tal como los rescatados del turco, en gratitud a Nuestro Redentor, donan cadenas y grillos.

Y aquí se conocieron las buenas entrañas de aquel hombre que, aunque estuvo mucho tiempo después tentado aún por el demonio del vino, tras esto no tornó a tocar naipes ni acercarse a mesa de dados a menos de media legua, y del mosto no volvió nunca a trasegar, a no ser de aquel que bebimos más tarde en el navío y que no pasó de ser agua pútrida que disimulaba su mal sabor con un chorro de vinagre. Pero esto es adelantar sucesos.

En aquella comarca no había trabajo que, por ser de su oficio y gremio, padre pudiera desempeñar, y como el dinero de la venta se iba como agua entre los dedos, decidieron pedir asiento en la flota de comercio que, con la *Tinto* como nao capitana, se estaba armando para llevar bastimentos y mercaderías hasta las Indias.

Pero ello suponía presentar avales y cartas en la Casa de la Contratación, que es quien otorga el ineludible permiso para embarcar hacia las nuevas tierras, y pasar por una investigación sobre los

antecedentes familiares.

Aunque no hidalgos, veníamos de cristianos viejos y por ese lado no había cuidado, pero también pensamos que, en la probatoria, oídos extraños conocerían nuestro paradero sabiendo luego aguardar en el puerto, o en la propia nao, para regalarnos pasaje para lugar más lejano que las Indias.

De manera que embarcamos en una barcaza pesquera que desde Cádiz nos llevó hasta las Islas Fortunadas, que algunos dicen Canarias, y allí dormitamos unas semanas hasta que la flota de seis naves partida de Sevilla atracó en La Gomera para rellenar toneles y cargar leña, tocinos y otros bastimentos.

Sin la amenaza de la obligada pesquisa de la Casa de la Contratación, el capitán del *Virgen del Carmen* nos acogió a bordo, concertando el pasaje ante el escribano del barco en doce ducados por persona, pagaderos los setenta y dos a la llegada a La Española por el encomendero que nos tomara para servir como colonos, o por nosotros, si decidíamos asentar por cuenta propia, a sabiendas de que, al no poseer el beneplácito de la Casa de la Contratación, no podíamos contar con la tierra que allí donaba de gracia la Corona, ni con que corrieran por cuenta del rey los mantenimientos para el primer mes de estancia.

Esta deuda daba derecho a pasaje y comida, una vez al día y del mismo rancho que la marinería. Si precisábamos de algo distinto habría de ser de nuestra despensa particular, o de lo que pudiéramos comprar en el barco a otros viajeros.

Así, una mañana, tras la misa en cubierta, el *Virgen del Carmen*, que iba en conserva de las otras cinco naves que componían la flota, puso proa al labeche con buen tiempo y alegría, que cada uno de los que allí íbamos lo hacíamos soñando en las riquezas que nos habrían de esperar al otro lado del mar océano, y en sacar la barriga de mal año; que si se jugaba uno la vida para pasar a las Indias, no habría de dedicarse allí al mendrugueo de puerta de iglesia, sino a medrar cada cual por su fortuna.

El capitán, Juan Moraleda, de Sanlúcar, nos había advertido de que la travesía vendría a durar los treinta, día más, día menos, según

labraran los vientos; por eso, cuando pasando de la veintena nos embistió una horrible tormenta que a punto estuvo de echarnos a pique si no fuera porque la patrona del barco se apiadara por nuestras oraciones, llorábamos todos sin consuelo por vernos lejos de una tierra que, pensamos, no se alcanzaría jamás.

Abrazados bajo la pequeña cubierta del castillete de popa, entre vómitos y pérdidas de conocimiento, requerimos y rogamos juramentando imprecaciones y promesas hasta que, de pura insistencia, nuestras plegarias fueron por fin atendidas, aunque la tormenta nos había arrebatado el rumbo y separado tanto de la vía del resto de la flota que ya no volvimos a verla nunca. Pero a fuer de pedir con harto ahínco y devoción que la calma volviese a las aguas, la Virgen nos la concedió con largueza tal que nos dejó viajando a palo seco a merced de las corrientes marinas.

Y es que hay ocasiones en que los Cielos, absortos en tantos y diversos menesteres divinos que los ocupan, se olvidan de concertar medidas para los simples mortales, y deberían reparar en que tan malo es lo mucho como lo escaso.

Así se lo hice saber al sacerdote que viajaba junto a nosotros, y a poco estuvo de arrojarme por la borda si no fuera porque intervino la marinería y él contaba con menguadas fuerzas, que el día anterior lo había visto demudada la color y yéndose en jugos y bilis, y a la mañana estaba mareado y amarillo como un lirio.

Lo cierto es que cuatro días después de la galerna aún andábamos inmersos en una calma chicha que nos dejaba las velas plegadas como pellejo de vieja y a la ventura de las olas. Una zozobra incontrolable comenzó a hacer mella entre los pasajeros que, lejos de terminar, aún aumentaba con los días, y que no llegó a ser preocupante hasta que prendió también entre la marinería.

El capitán Moraleda quiso echar grillos al piloto por su ineptitud ya que pregonaba, para nuestra desesperación, que no sabía cómo sacarnos de allí. Por nuestra parte pedímosle que no hiciera tal, que tiempo habría de penarlo al llegar a La Española, y que en el barco mejor era dejarlo libre por si la Virgen lo iluminaba en algún momento y le mostraba la vía adecuada.

El navío en que viajábamos era un viejo galeón de no más de ochenta toneladas que, como se sabe, se dice así por la cantidad de toneles que puede desplazar, y en eso se verá la escasez de su tamaño.

De las barricas, en veinte y más, el líquido se llenó de sabandijas, y las que quedaron hubo que moverlas de lugar porque no se pudrieran con ellas. En ese punto se menguó la ración diaria hasta que el alcalde de aguas dijo que no había otra cosa para beber que ocho barriles de mosto avinagrado y el agua pútrida, por lo que hubo que filtrarla a través de un lienzo y añadirle la vinagre para matar su nauseabundo paladar...

Y no hubiera sido del todo malo si detrás del agua no se hubieran ido los víveres.

Hubo un intento de motín de la marinería que quería echarle el diente a los mantenimientos y conservas que se llevaban a vender en las Indias, pero que no llegó a más porque ya las habíamos comido todas. El engaño era que la mayor parte del espacio que había que dedicar al abastecimiento de la nave estaba ocupado con balas de mercaderías de contrabando, con lo que el almacén de alimentos se había reducido al mínimo. Como eso es práctica habitual y los marineros ya lo conocían al embarcarse, y los clavos, hierros en barra y demás ferretería que transportábamos sin declarar no eran comestibles, se dejó el motín para mejor época y cada uno, por su cuenta, se dedicó a ver la manera de mantenerse vivo el mayor tiempo posible.

Destá forma, descubrimos la costumbre de la mar, nueva para nosotros, de comer de noche, después de que el capitán diese orden dello. Dijo porque no se estropearan todos los alimentos con la calor y la humedad, pero la marinería conoció que era más porque no se sintieran en ellos los gusanos, gorgojos y otras alimañas que los habitaban.

Pero todo lo bueno se acaba y así también se vinieron a terminar estas provisiones.

El pan del marino se llama bizcocho porque está cocido dos veces, por eso resulta una a manera de suela, dura como tabla, que únicamente se puede tragar sin peligro de las encías cuando se ha remojado en agua de mar; de esta forma también toma la sal que

perde en las cocciones. Cuando se acabó este manjar, con sus migas y desperdicios, el despensero mandó hacer una mazamorra amasada con vinagre, y algo de ajo y aceite que, aunque todos conocíamos que dentro della había también una generosa ración de carne criada a bordo, nadie, por la hambruna que cargábamos, dejó sin lamer el plato.

A estas alturas hubimos de dar a más de uno a la mar. Siete colonos: cuatro hombres, dos mujeres y un niño, habían fallecido ya cuando lo hizo el primer marinero. Por eso, cuando se comenzaron a servir raciones de otra masa elaborada con desperdicios de queso emborrado, restos de migas, aceite y mazamorra, incomedible de puro habitada, pero con aliño de más ajo y algo de sustancia de comino, que ellos llaman almodrote, parecieron a los vivos que no habría manjar más suculento, y si alguien lo osara apellidar de infecto, presto lo hubiéramos arrojado por la borda.

El dómine al que yo había airado días atrás andaba por cubierta bien despejado de mareos porque, al no tener nada en las tripas, nada podía arrojar dellas, estola al cuello y pregonando voz en grito, como poseso de popa a proa y de babor a estribor, los salmos del rey David que mejor le hacían al caso. Y vociferaba: «En fin mis enemigos me ofrecieron hiel como para confortarme en el desfallecimiento, a que me habían reducido los tormentos; y para apagar la violenta sed que padecía, me dieron a beber vinagre». Y otras veces, se acercaba a quien veía que a escondidas se llevaba algo a la boca y le recriminaba con otra de sus salmodias selectas que cortaban como cuchillos: «El alimento que me presentaron será algún día el alimento dellos; y así quedarán aprisionados en sus propios lazos: serán castigados por su crueldad: perecerán por haber sido causa de mi destrucción». Da que pensar el hecho de que en aquellos momentos de íntima comunión no se comunicase con el Creador en latines sino en vulgar paladino, que desa forma ninguno podíamos alegar incomprensión y dejar de compartir el miserable bocado con él.

Ya habíamos perdido todos la esperanza, que ni de los grumetes se escuchaban sus cadenciosas cantinelas: «Bendita sea la luz e la Sancta Veracruz, e el Señor de la Verdad e la Sancta Trinidad. Bendita sea el alma e el Señor que nos la manda. Bendito sea el día e el Señor

que nos lo envía», al girar la ampolleta del timón, y andábamos en rogativas y ofrenda de votos, cuando el contramaestre contó que, en sueños, un ángel le había comunicado que la Virgen antes quería verse en procesión y a hombros de sus fieles, que en la camareta del capitán. Y se hizo.

Fueron tantas nuestras lágrimas, y el duelo tan reciamente gritado a las alturas, que la Santísima no pudo dejar de escucharnos de nuevo. Desafortunadamente, cuando la marinería andaba dando caza a las últimas ratas de la bodega para transformarlas en asado de liebre, sentimos una corriente que manaba del siroco al maestral que, aunque retrasándonos mucho, nos llevó hasta donde se pudieron aprovechar mejores vientos.

Aquí el piloto revivió lo suficiente para aconsejar al capitán poner proa a las Azores que, con auxilio de la Providencia, alguno habría de llegar con vida hasta las islas.

Por suerte, la Sacratísima Virgen no nos había dejado de su mano. Así, a la siguiente mañana, vimos cómo el agua que rodeaba al galeón se había tornado parda y arrastraba hierbas y troncos, y que en uno de ellos viajaba una sabandija de las que viven en tierra, con lo que el piloto vino a conocer la comarca donde nos hallábamos y mandó al alcalde hacer aguada allí mismo, resultando que, aunque limosa y salobre por la mezcla marina que traía, una vez pasada por el tamiz, se pudo llegar a beber, para alivio de nuestros resecos cuerpos que comenzaron a querer cobrar vida de nuevo.

Todo ello fue porque en aquel lugar, hacia el lado de septentrión, un gran río rendía sus aguas al océano y se conoció navegar más cerca de las Indias de lo que pensáramos. También se supo que, de haber tardado un día más en aparecer el agua y puesto proa a las Azores, habríamos muerto todos sin remedio, porque de allí a Cádiz había más de mil leguas de agua sola.

Con nuestra salvación tan cercana, el capitán mandó decir misa bajo su toldilla, y algunos por su propio pie, y los más auxiliados por sus deudos, dimos vueltas en torno a los palos del velamen entonando un *Deo Gratias* con lágrimas sinceras en los ojos, agradeciéndole una vez más a la Virgen el que no hubiera permitido actuar al piloto cual

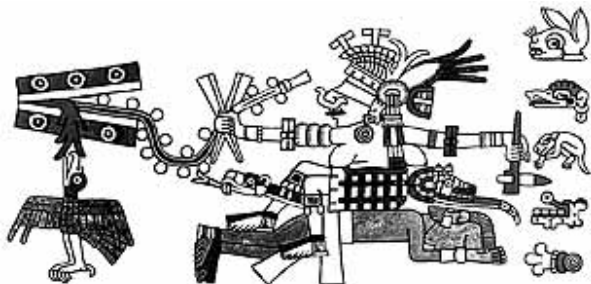
era su deseo.

Entre que ya no faltó el agua y que se extremó más la ración de los mantenimientos, que parecía imposible sujetarse vivo con aquel pellizco de masa aceitosa que recogíamos con la punta de tres dedos, ya nadie falleció desde entonces, y alcanzamos a ver con alguna fuerza para sonreír a nuestra suerte, la carabela que, alertadas por la *Tinto*, fletaron las autoridades de La Española para traernos socorro o recuperar los fardos de nuestra carga que flotaran en la mar.

En la isla, después de oír misa con sincera devoción por vernos salvos y con los pies en la orilla, pues digo que no era murmullo lo que había en los silencios, sino auténtico vuelo de las moscas que allí andan sin mesura, encontramos ciertos paisanos que nos acogieron, llorando con nosotros a los que reclamara a su lado el Señor durante la travesía.

Fueron tan buenas aquellas almas, que nos dieron alimento y agasajaron cuanto fue menester antes de repartirnos por los terrenos de la bastida. Entonces hice yo el juramento de que habría de morir allí mismo, puesto que nada en el mundo me obligaría a poner los pies sobre la cubierta de otro barco.

Ahora sé que hablaba por mí la inexperiencia de la juventud, que de sospechar los tiempos que estaban por venir, mejor me sellaran en aquel punto y hora la boca con un tizón candente.



Por ello, créame vuesa majestad si digo que tanta sangre vertida, tanto miedo y miseria, tantas hambres habidas, dieron para mucho más de lo que algunos cuentan sobre México, que tan heridos fuimos las más de las veces que no era sino la propia mortaja lo que arrastrábamos por vestiduras.

Mienten, además, quienes afirman que todo el oro rescatado en la jornada se perdiera en la triste noche, que yo sé dónde hallar la parte que se salvó, y lo dejo trazado en las cuatro líneas mal pergeñadas que algunos han dado en llamar el Mapa de Sacramento, y que tanto pesar me trajo luego. Si deseáis conocer su secreto, vedlo aquí, junto con las desventuras que este humilde ballestero hubo de afrontar a la edad de diez y seis años por ganar nuevas tierras para la Verdadera Fe, y cristianos que las labraran para honra de las Españas.



FRAGMENTO DE LA
NOVELA.
PROHIBIDA SU VENTA